DE BUENAS LETRAS

Afinidades de Ida Vitale

ANDRÉS SORIA OLMEDO
DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Uno de los rasgos más sobresalientes del trabajo literario de Ida Vitale es la búsqueda de ángulos de originalidad en su percepción del mundo, desde la elección de las palabras, en busca de una «precisión azarosa» hasta los géneros donde juntarlas. Así ha armado 'Léxico de afinidades', publicado en México en 1994 y en 2012.

Desde «abracadabra» hasta «zuibitsu», el orden alfabético acoge aforismos, relatos, ensayos y poemas. Están ahí por afinidad con la autora, y a la vez las entradas de ese diccionario van estableciendo afinidades variadas entre ellas y con los lectores. No en vano una de ellas se dedica a la «casualidad», en la que la autora detecta una garantía de vitalidad («quizá porque mientas se producen sigo sintiéndome viva»). La última voz, «zuibitsu» designa una forma literaria japonesa en la que «se acumulan materias varias, anécdotas, regodeos». Procedente de la traducción occidental Ida Vitale añade a Lichtenberg y su idea de lo fragmentario, entre otras inspiraciones, cuyo objetivo, en mezcla asimétrica, es lograr una «virtud amena».

El «lugar ameno» de la tradición clásica debía incluir distintas clases de árboles, y uno de los ángulos originales de este libro es la atención justamente a las plantas, a los árboles, a sus frutos, a sus nombres (Los colores de la ciudad de Montevideo «cambian entre amarillo o verde o datilado, según las estaciones o los lectores, según fresnos, gingkos, plátanos o paraísos»). E igualmente a las setas y a los insectos. Es singular la atención a la naturaleza inextinguible.

Por otro lado, lo que solemos contraponer a la naturaleza llamándolo cultura tiene páginas fantásticas en este libro, como las dedicadas al pintor Giorgio Morandi. Una pintura del patio de su casa en Bolonia le parece notable «por lo persuasivo del contraste que nace entre el gris lila del cielo, los rosas asalmonados de unas paredes y techos y el crema de otras contra dos campos verticales y unas manchas café». O las consagradas a la música, donde además de «admitir que nunca raptos de sometimiento a la belleza han sido tan absolutos como ante sucesos de la música» cuenta el destino trágico del cuarteto de laúdes de Paco Aguilar, que colaboró con Falla y con Alberti en sus exilios argentinos. O las referentes al escritor vienés Lernet-Holenia (cuya obra nos precipitamos a escrutar). Ya que otra de las fronteras que se traspasan en este libro es la que separa el ensayo de la descripción evocativa («Montevideo», con las cuatro estatuas ardientes e imaginarias de Lautréamont, Laforgue, Herrera y Reissig, Agustini), del relato (el mexicano Salvador Elizondo defiende 'Corazón' de Edmundo de Amicis contra un crítico moderno, para satisfacción de Ida Vitale), de la autobiografía («Abuelo»: Félix, el paterno, siciliano, garibaldino y masónico, cuyos recuerdos «salen de la superficie de un retrato nublado»).

En algún momento cree uno oír un homenaje al maestro Bergamín y sus paradojas cristianas: «Disyuntiva: Una vara florece o se transforma en clavo ardiente». En muchísimos otros, ofrece su perspectiva en prosa y poesía, «ayas rivales» de la palabra, según estos ángulos insospechados. En prosa, un gato «se basta en su concéntrica tibieza». En verso, la voz «vida»: «Hueca columna altísima,/ la vida./ Pero a ras de tierra, dentro/ –como en un nido oscuro una paloma–,/ la esperanza».

Como dice su poema sobre Borges, también ella ha sido diferente «del eco y del troquel de lo ya dicho». Es una alegría y un orgullo para Granada y para todo el mundo hispánico haberla premiado con nuestro galardón más prestigioso.